

ÉKPHRASIS, ESPACIALIDAD Y PRESENTACIÓN PERSONAL EN *FLORIDA* 15 DE APULEYO¹

Roxana Nenadic

Universidad de Buenos Aires

<rnenadic@gmail.com>

RESUMEN

El artículo analiza las representaciones espaciales que subyacen en la secuencia de *ekphrásaes* de *Florida* 15 de Apuleyo. Se muestra cómo dichas representaciones proyectan en el fragmento un principio de articulación y efectos de sentido propios, entre los que se destaca un intercambio singular con el *ethos* del orador.

Palabras claves: *ekphrásis*; Apuleyo; *ethos*.

ABSTRACT

The article analyzes the spatial representations that underlie the sequence of *ekphrásaes* of Apuleius' *Florida* 15. It shows how these representations project in the fragment a principle of articulation and sense effects, among which stands out a singular exchange with the *ethos* of the speaker.

Keywords: *ekphrásis*; Apuleyo; *ethos*.

Florida 15 es posiblemente uno de los fragmentos de articulación más artificiosa dentro de esta antología de discursos de Apuleyo. Se abre con una descripción de la isla de Samos, seguida de otra, referida a su ciudad y que a su vez contiene una nueva, esta vez sobre el templo de Juno. En él, la mención de una estatua de Batilo, a quien la tradición recuerda como el joven amor del poeta Anacreonte, instala no solo una elaborada *ekphrásis* de esta obra de arte sino también la duda respecto de la identidad del muchacho allí representado. El discurso avanza con la lógica más desconcertante, pues es precisamente la negación de que el *adulescens* de la estatua sea Pitágoras lo que nos introduce en algunos pormenores de la biografía del filósofo, la cual finaliza, ya en las

¹ Un primer esbozo de este artículo fue presentado en las VIII^o Jornadas sobre el Mundo Clásico "Mito y política en el Mundo Antiguo", Facultad de Filosofía, Ciencias de la Educación y Humanidades, Universidad de Morón, 14 y 15 octubre de 2016.

últimas palabras del texto conservado, con elogiosas comparaciones entre Pitágoras y el orador-enunciador-Apuleyo.

Si bien, como sucede también en el resto de los fragmentos de la colección, desconocemos lo que sigue, el conjunto suele ser ubicado en la categoría de “discurso introdutorio” o *prolalia*, una práctica habitual entre los conferencistas de la Segunda Sofística tendiente a caracterizar al orador como personalidad ilustrada y cosmopolita (HARRISON, 2000, p. 114). En este caso, Apuleyo se dirige a un magistrado, probablemente el procónsul de África, en un teatro y frente a un auditorio también africanos, quizás en Cartago. En el esquema que sintetizamos pueden reconocerse, entonces, tres partes: la primera, que engloba las *ekphrásaes* de lugares y de la estatua; la siguiente, que desarrolla en parte una *uita* ilustre –la de Pitágoras–; la última, que se enfoca en el autoelogio del orador. Muchos son los elementos que apuntan al profesionalismo retórico del fragmento: la selección temática y lingüística, que coincide en un todo con otros pasajes de *Florida* connotando la impronta estilística y la presentación personal del autor, el procedimiento de acoplar *ekphrásaes*, la estrategia de trazar correspondencias entre, por un lado, la observación minuciosa de un objeto y, por el otro, la filosofía –y/o el hablante–.² Este método de composición, según el cual el discurso avanza sumando módulos recurrentes en el aprendizaje y la práctica de la retórica, ha dividido a la crítica en la valoración de la totalidad: así, hay quienes remarcan que Apuleyo enhebra lo primero que le llega a la mente, mientras que otros, en cambio, destacan la cuidada estructura del conjunto.³ Ciertamente, no pretendemos aquí terciar en este debate, pues son evidentes tanto la afectación de los segmentos cuanto los esfuerzos por combinarlos. Nos interesa, más bien, sumar una reflexión desde una perspectiva que tenga en cuenta la evidente impronta espacial del fragmento. En efecto, incluso una síntesis somera de su circunstancia comunicativa puede reducirse a términos espaciales: en una locación de la periferia imperial, que prefiere resaltar su romanidad, se habla acerca de otro lugar distante. Además, cada uno de los módulos que lo

² Estos elementos son estudiados en detalle en los comentarios de HUNINK (2001) y LEE (2005).

³ Ambas posturas se ven ejemplificadas en los trabajos de RUSSELL (1990) y HIJMANS (1994).

componen, o bien se enfocan exclusivamente en sitios determinados, o bien los mencionan, o bien los relacionan con prácticas concretas. En la medida en que la crítica ya ha demostrado sobradamente que es tan insuficiente como incorrecto concebir el espacio como mera ubicación de objetos, experiencias y acontecimientos, y puesto que lo ha analizado como un constructo cultural que participa en los intercambios y tensiones, materiales y simbólicos, de cada sociedad, resulta procedente y significativo preguntarse por el alcance de la representación espacial en este discurso.⁴ Creemos que esta variable proyecta en el fragmento tanto un principio de articulación cuanto efectos de sentido propios, entre los que se destaca un intercambio singular con el *ethos* del orador.

RECORRIDOS ESPACIALES, TRAYECTORIAS CULTURALES

El inicio de la primera *ékp̄hrasis* es también el comienzo del fragmento:⁵

Samos Icario in mari modica insula est – exaduersum Miletos – ad occidentem eius sita, nec ab ea multo pelagi dispescitur: utrumuis clementer nauigantem dies alter in portu sistit. (15.1)

Samos es una isla mediana, situada en el mar de Ícaro, enfrente de Mileto, ubicada al occidente de esta y separada de ella por una pequeña extensión de mar. A quien navega con buen tiempo en uno u otro sentido, el segundo día lo deposita en el puerto.

Se nos presenta un panorama similar a un mapa: a través de estas palabras, uno puede figurarse el mar Egeo y en él, un accidente geográfico, una isla, de un tamaño determinado. En esta visión panorámica también hay puntos cardinales y puntos de referencia (al oeste de Mileto), y con un verbo de corte técnico, *dispesco*, se añade la mención del estrecho que separa la isla del continente. En este enciclopedismo dominante llama la atención

⁴ Desde el trabajo insoslayable de LEFEBVRE (1991), la reflexión acerca de la problemática del espacio ha venido ganando terreno en los estudios clásicos con distintas perspectivas e intereses. Un resumen excelente de las diversas tendencias puede verse en la introducción de GILHULY-WORMAN (2014). Para nuestro artículo retomamos la distinción entre “lugares” y “espacios” (DE CERTEAU, 2000, p. 129), según la cual los primeros se caracterizan por la estabilidad y lo propio, y los segundos, por estar atravesados por los vectores de dirección, espacio y tiempo –es decir, por las prácticas de los sujetos.

⁵ Las traducciones al español son nuestras; el texto latino sigue la edición de Hunink (2001).

la referencia a Mileto, que señala a un punto más lejano que Samos si observamos, con el auditorio de Apuleyo, desde África. Podría pensarse en el anclaje en un elemento conocido para expresarse sobre otro, que se desea mostrar como nuevo. En este sentido, ambas ciudades, Samos y Mileto, fueron cuna de célebres filósofos (Pitágoras, Epicuro, Aristarco para Samos, Tales, Anaximandro y Anaxímenes para Mileto), por lo que esta relación, geográfica en principio, anticipa, de algún modo, el interés erudito con que, ya avanzando en el texto, se nos descubrirá la figura de Pitágoras.

Además del mapa, tenemos un plan de ruta –por mar, desde Mileto–, y la variable temporal para explicar la distancia: un día de navegación. La cartografía es ahora itinerario. Este procedimiento se repetirá un poco más adelante, para guiar al viajero esta vez al templo de Juno: “este santuario, siguiendo la dirección de la costa, si recuerdo bien el camino, dista de la ciudad no más de veinte estadios” (*id fanum secundo litore, si recte recordor uiam, uiginti haud amplius stadia oppido abest*, 15.4). Este acercamiento gradual, primero cartográfico y luego turístico, a la par que se proyecta a la figura del enunciador para predicar, como hemos dicho, su carácter cosmopolita, recorta y selecciona: en el mar la isla, en la isla la ciudad, en la ciudad el templo, y así sucesivamente. La progresión de mayor a menor puede verse en otros textos de nuestro autor, como el *De deo Socratis*, en el que –a diferencia de la estructura seguida en las *Dialexeis* 8 y 9 de su contemporáneo Máximo de Tiro, con quien comparte tema y fuente– se expone primero sobre los seres superiores, luego sobre los *daemones* y, por último, sobre el caso particular de Sócrates (HARRISON, 2000, p. 139). Esta coincidencia testimonia el grado de intervención de nuestro autor sobre su material de trabajo. Lejos de reproducirse mecánicamente, el engarce de las descripciones se orienta trazando un camino. Dicha focalización, que prepara de un modo casi cinematográfico los pasajes ecrásticos que consideraremos más adelante, resulta más notoria si recordamos la gran cantidad de temas para el tratamiento de los territorios que nombran manuales imperiales de retórica como el de Menandro el rétor. Efectivamente, en el libro II de su tratado I (344-351), dedicado a la alabanza de regiones y ciudades, se incluyen aspectos como la situación, el origen, las actividades, cada una con sus variantes y modelos de formulación. En este campo de múltiples opciones, el fragmento de Apuleyo procederá avanzando y destacando, en cada una de sus detenciones, unos pocos elementos funcionales al conjunto.

La alternancia entre la percepción que construye un mapa y la propia del recorrido nos invita a recordar la distinción de de Certeau (2000, p. 131). Para el antropólogo, la descripción de un mapa (*map*) se concentra en el “ver” y la de un itinerario (*tour*) en el “ir”, dos operaciones, como hemos visto, supuestas en las líneas que hemos analizado. El fragmento apuleyano combina una serie discursiva de operaciones que explican cómo llegar (el itinerario)

con un panorama que deja asentadas todas las observaciones relevantes de la totalidad (el mapa). Si recordamos que hace un momento leímos cómo el ego se basó en su experiencia para definir un recorrido, podemos plantear que el discurso traza una relación de causa-consecuencia entre ambos lenguajes simbólicos del espacio: si se conoce el todo es porque se ha ido. En este sentido, la descripción instila el germen de una narración mayor sobre las actividades del enunciador. El orador, devenido guía turístico, exhibe una sapiencia fundada en sus desplazamientos espaciales, que le han otorgado instrucción no solo sobre el mapa sino también, y muy especialmente, sobre lo digno de interés. Justamente por eso, Apuleyo será capaz de afirmar sobre la estatua 15.6: “me parece no haber conocido nada mejor ejecutado” (*qua nihil uideor effectius cognouisse*).

Esta conexión incipiente entre viaje y conocimiento volverá a aparecer más adelante en el texto cuando, ya en la biografía de Pitágoras, se despliegue casi como único contenido el tópico del viaje de estudios:

Quippe eo commodum dominari orso profugit ex insula clanculo Pythagoras [...] Sunt qui Pythagoran aiant eo temporis inter captiuos Cambysse regis Aegyptum cum adueberetur, doctores habuisse Persarum magos ac praecipue Zoroast<r>en, omnis diuini arc(h)ani antistitem, posteaque eum a quodam Gillo Crotoniensium principe reciperatam. Verum enimvero celebrior fama optinet sponte eum petisse Aegyptias disciplinas atque ibi a sacerdotibus caerimoniarum incredundas potentias, numerorum admirandas uices, geometriae sollertissimas formulas <didicisse>; nec his artibus animi expletum mox Chaldaeos atque inde Bracmanos – hi sapientes uiri sunt, Indiae gens est – eorum ergo Bracmanum gymnosophistas adisse. (15.13-16)

Apenas este [Polícrates] comenzó a reinar, Pitágoras huyó de la isla en secreto. [...] Hay quienes dicen que en esa época Pitágoras, como fuera llevado a Egipto entre los cautivos del rey Cambises, tuvo como maestros a los magos persas, sobre todo a Zoroastro, jefe principal de todos los divinos misterios; luego fue recuperado por un tal Gilo, ciudadano principal de Crotona. Pero en verdad, la tradición más conocida afirma que Pitágoras por voluntad propia intentó alcanzar los conocimientos egipcios y que allí aprendió de los sacerdotes el increíble poder de los ritos religiosos, las admirables combinaciones de los números y las ingeniosas fórmulas de la geometría, y que, no saciado su espíritu de estos saberes, llegó luego a los caldeos y de allí a los brahmanes –estos son hombres sabios que habitan la India– y, de entre estos, alcanzó a los gimnosofistas.

Sigue la mención detallada de los aprendizajes del filósofo en cada parada: astrología, ascetismo, metempsicosis... Sus viajes continúan, recorriendo otras islas como Siro en las Cícladas, donde sigue a Ferécides, recordado por sus intentos de volcar en prosa asuntos generalmente tratados en verso, y como Creta, donde conoció a Epiménides, famoso por su saber en rituales de purificación. Casi volviendo al punto de partida imaginario del fragmento, se nombra Mileto, lugar de reunión de Pitágoras y Anaximandro (15.19-21). Más allá de la exactitud de la información, y de la coincidencia más o

menos exacta con las *uitae* de Pitágoras, en especial la de Diógenes Laercio, el autor más cercano cronológicamente y con el que Apuleyo ha mostrado correspondencias en su *uita Platonis*, interesa aquí destacar tres aspectos. El primero es la relevancia que el pasaje le otorga al carácter voluntario y a la motivación estudiosa de los viajes, destacados como la *celebrior fama* de entre las versiones existentes. El segundo es el paralelismo entre la aivez de conocimiento del filósofo y la declarada en diversos pasajes autobiográficos de Apuleyo (SANDY, 1997, pp. 149-150). El ejemplo más claro es su discurso de autodefensa, *Apologia*. Allí, identifica la mayor parte de las actividades en las que sus acusadores habían sospechado prácticas mágicas con investigaciones personales e intereses en el campo de la filosofía natural, de la ética y de la religión, muchas veces coincidentes con los intereses y saberes que figuran en nuestro fragmento. Por último, es llamativo que el texto se detenga especialmente en el resultado producido por estos viajes de Pitágoras. Según Apuleyo:

Tot ille doctoribus eruditus, tot tamque multiuigis calicibus disciplinarum toto orbe haustis, uir praesertim ingenio ingenti ac profecto super captum hominis animi augustior, primus philosophiae nuncupat[i]or et conditor, nihil prius discipulos suos docuit quam tacere [...] (15.22)

Formado por tantos maestros, después de haber apurado tantas y tan variadas copas del saber en el mundo entero, este varón de enorme talento y ciertamente de inteligencia superior a la capacidad humana, el primero que dio nombre y fundó a la filosofía, nada enseñó a sus discípulos antes que a guardar silencio.

El discurso pasa inmediatamente de la etapa de formación a la de la conformación de la escuela pitagórica.⁶ De entre sus conceptos, elige la regla del silencio. Tras explicarla, ya en el cierre del fragmento, Apuleyo comenta:

[...] aequae et ipse <ut> in nomen eius a magistris meis adoptarer, utrumque meditationibus academicis didici, et, cum dicto opus est, inpigre dicere, et, cum tacito opus est, libenter tacere. Qua moderatione uideor ab omnibus tuis antecessoribus haud minus oportuni silentii laudem quam tempestiuae uocis testimonium consecutus. (15.26-27)

[...] del mismo modo, también yo mismo, para ser adoptado por mis maestros en su familia [sc. platónica], he aprendido en mis meditaciones académicas una cosa y otra, no solo a hablar sin vacilar, cuando hace falta hablar, sino también a callarme de buen grado cuando hace falta callar. Gracias a esta moderación me parece que he conseguido de todos tus antecesores no menos el elogio por un silencio oportuno que el reconocimiento por un discurso que llega a tiempo.

⁶ Una secuencia semejante se lee en la *uita Platonis* que inicia *De Platone et eius dogmate*. Cfr. NENADIC (2007).

Además de esta reinterpretación de la regla pitagórica en términos de competencia discursiva, salta a la vista la amalgama anacrónica de esta serie de paralelismos. Apuleyo apela aquí al mismo procedimiento observable en tantos otros pasajes de su obra: elegir un aspecto de una vida ilustre y moldearlo para que, a contraluz, resalte su propia figura. En este caso, él también obtuvo sus propios resultados. Para un *habituée* del teatro de Cartago, no sería muy difícil advertir más correspondencias. Por ejemplo, podemos volver a leer la metáfora de las “copas del conocimiento” que consideramos hace un momento en *Florida 20*, donde se aplica al propio Apuleyo y a los géneros discursivos que cultiva. Para nuestros fines, lo más sugerente es advertir hasta qué punto los lugares mencionados son espacios cuasi asépticos de sabiduría, en una serie temporal que no sufre transformaciones ni modifica el entorno. La memoria que asigna a cada sitio una porción de conocimiento se mantiene inalterada, y es por eso que, para acceder a todo el saber, es necesario llegar a todos los lugares, sin importar el paso de los siglos. Apuleyo ha devenido orador platónico en tanto viajero experto, y viceversa. Tal es la sugerencia del texto. Nos encontramos aquí con el delineado de una cartografía que encadena lugares de memoria⁷ cohesivos para un grupo determinado: la elite que posee entre sus competencias los saberes y regulaciones culturales propios del imperio romano. La consecuencia lógica del trazado de esta cartografía es la invisibilización de las señas particulares de cada sitio, en tanto el interés se reduce a su impacto relativo en esta suerte de enciclopedia universal.

En otras palabras, al sumar a este delicado engranaje retórico teorizaciones y nociones espaciales, vemos cómo la sucesión de *ekphrásaes* se articula en torno de la idea de “viaje” y cómo se activa un proceso narrativo en el que moverse en un territorio equivale a interactuar con el conocimiento. En este sentido, y más allá de ser un tópico, el “viaje” engendra en este caso dos secuencias narrativas, de distinto grado de ficcionalidad, que son protagonizadas por sendos personajes, Apuleyo y Pitágoras. El fragmento avanza dando por sentada la igualdad –no siempre certificable– de sus desplazamientos espaciales, lo cual garantiza, en la lógica interna del discurso, un primer paso en su identificación personal. Paralelamente, como hemos señalado, cada lugar pasa a integrar un mismo espacio global de erudición y estudio.

LA IDENTIDAD COMO EFECTO DE LUGAR

Para elegir lo que se va a recordar en un viaje, hay que saber mirar, lo cual nos conduce al otro eje de nuestras reflexiones, ni más ni menos que la *ékphrasis*. En consonancia con el marco que hemos señalado, la *ékphrasis*

⁷ Para esta noción, cfr. NORA (1989).

entraña la consideración de un todo y de sus partes. Funciona a la vez como mapa de lo descripto y como itinerario selectivo de lo observable. Una *ékphrasis* guía la mirada. Retornando al principio de nuestro texto: ya que hemos sido conducidos a Samos, no está de más saber qué encontraremos allí:

Ager frumento piger, aratro inritus, fecundior oliueto, nec uinitori nec holitori scalpitur. Ruratio omnis in sarculo et surculo, quorum prouentu magis fructuosa insula est quam frugifera. Ceterum et incolis frequens et hospitibus celebrata. Oppidum habet, nequaquam pro gloria, sed quod fuisse amplum semiruta moenium multifariam indicant. Enimvero fanum Iunonis antiquitus famigeratum [...] (15.2-3)

Su suelo es pobre en trigo, inútil al arado, más fecundo en olivares y no lo cavan viñadores ni hortelanos. Todo el trabajo rural consiste en la poda y el injerto y, como consecuencia, la isla es más rica en frutos que en cosechas de cereales. Por lo demás, tiene numerosos pobladores y frecuentes visitas de extranjeros. Posee una ciudad, de ningún modo acorde a su fama, pero los restos semiderruidos de sus murallas atestiguan en muchos lugares que fue grande. Sin embargo, es especialmente famoso desde la antigüedad su santuario de Juno [...]

A decir verdad, la primera impresión es que no se trata de un lugar demasiado atractivo, si se deja de lado el templo. Los datos sobre su actividad económica y población parecen seguir, al menos a nivel temático, lo estipulado en los textos de asunto geográfico. Sin embargo, el texto procede sin información precisa pero con la estilización de numerosos detalles. Repasemos en latín:

Ager frumento piger, aratro inritus, fecundior oliueto, nec uinitori nec hol<it>ori scalpitur. Ruratio omnis in sarculo et surculo, quorum prouentu magis fructuosa insula est quam frugifera.

Son claros los recursos de marca registrada apuleyana: los neologismos como “ruratio”, los juegos de palabra –*sarculo et surculo* (FACCHINI TOSI, 2000, p. 187), *fructuosa... frugifera*–, los contrastes (*piger... fecundior*) y, con ellos, las rimas internas y aliteraciones. Gracias a esta presentación, ese suelo difícil, árido y carente de bondades se va volviendo digno de atención. La afectación de la formulación lingüística es compensada por otro rasgo compositivo de Apuleyo: la fácil comprensión de las expresiones, lo cual contribuye a la paulatina y progresiva conformación de una imagen mental de lo descripto. Asistimos al proceso de producción y recepción de la *ékphrasis*, que no hace mucho ha sido revisitado por la crítica.

En efecto, autores como Goldhill (2007) y Webb (2009), en sendos trabajos sobre este *progymnásmaton*, no solo ampliaron su definición, mostrando que su objeto excede las obras de arte, sino que aislaron los componentes que, en la teoría retórica antigua, explican su funcionamiento y eficacia. Hay *ékphrasis* si se consigue vividez, esto es, si se logra incitar

la visualización de lo descrito. La vividez se logra mediante el detalle. El aprendizaje de esta técnica recomendaba la interacción creativa con el texto modelo, lo que implicaba, literalmente, una representación mental. Los textos prescriptivos insisten en el papel central de la imaginación, como la capacidad que debe ser estimulada por el discurso, y reafirman el rol cocreativo del lector oyente. No hay *ékphrasis* si no hay impacto. La teoría es muy optimista respecto de la eficiencia de esta suerte de transmisión discursivo-visual, pero marca expresamente que para la construcción exitosa de una *ékphrasis* se debe recurrir a un reservorio común de ideas compartido por emisores y receptores –una verdadera galería de imágenes. Es en el confort de un marco común de referencia donde hay oportunidad para ejercitar la imaginación. Lejos de proponer la cristalización de las descripciones, la teoría abre la posibilidad de innumerables combinaciones e innovaciones a partir de lo dado. Creemos que justamente es lo que sucede aquí. El modo especial con que se detallan las actividades agrícolas de la isla, que incluye hasta lo que no puede ser realizado en ella, evoca la idea de elaboración. Se intenta cincelarla, esculpirla (*scalpitur*), pero no es posible; con todo, a pesar de la negación, la acción queda formulada y será activada casi a continuación, en la *ékphrasis* de la estatua. No esta de más reparar en que mediante este mecanismo es factible asociar elementos en principio diversos: el difícil suelo de un territorio y una obra de arte en él conservada.

Otro elemento que, a nuestro criterio, predispone a la imaginación en esta descripción son las referencias a la antigüedad y la fama de la ciudad y del templo. El raro adjetivo *semirutata* que se emplea para designar los restos de la ciudad, opera como marca (*indicant*) de su pasado esplendor (*fuisse amplum*) (15.3). Ciertamente, son solo ruinas, pero, como tales, prefiguran un espacio de memoria. En un hábil cruce de las coordenadas espacio-temporales, el orador nos hace ver a la vez lo que queda del *oppidum* y su valor. A su vez, es otra forma inusual, *famigeratum*, la que funciona como primer calificativo del templo (15.4). “Llevado por la fama” desde la antigüedad, el templo guarda, como se aclarará seguidamente, el tesoro de la diosa, que consiste en bandejas, espejos y copas (15.5). Paradójicamente es aquí el tiempo el que cumple un papel crucial en la descripción de este espacio consagrado: podrá ser semejante a muchos otros templos, pero es ancestral. Curiosamente, en virtud de la *enárgeia* es posible imaginar un templo ancestral...

Entre las varias piezas de la colección, llegamos finalmente a la *ékphrasis* de la estatua. El discurso advierte la atracción visual que provoca:

Adulescens est uisenda pulchritudine, crinibus <a> fronte parili separatu per malas remulsis, pone autem coma prolixior interlucentem ceruicem scapularum finibus obumbrat; ceruix suci plena, malae uberes, genae teretes, at medio mento lacullatur; eique prorsus citharoedicus status: deam conspiciens, canenti similis, tunicam picturis uariogatam deorsus ad pedes deiectus ipsos, Graecanico cingulo, chlamyde uelat

utrumque brachium ad usque articulos palmarum, cetera decoris striis dependent; cithara balteo caelato apta strictim sustinetur; manus eius tenerae, procerulae: laeua distantibus digitis neruos molitur, dextra psallentis gestu pulsabulum citharae admouet, ceu parata percutere, cum uox in cantico interquieuit; quod interim canticum uidetur ore tereti semihiantibus in conatu labellis eliquare. (15.7-10)

Es un joven de hermosura digna de ver. Su cabello, dividido desde su frente con simetría, cae delicadamente por sus mejillas; en cambio, por detrás, una cabellera más larga tapa hasta los hombros su cuello, resplandeciente a intervalos. Su cuello, pleno de vida, sus mejillas, firmes, su mandíbula, redondeada pero con un pequeño hoyuelo en medio del mentón. Claramente su postura es la de un tocador de cítara: mirando a la diosa, similar a alguien que canta. Su túnica multicolor bordada y retenida por un ceñidor de estilo griego le cae hasta los pies; su clámide le cubre uno y otro brazo hasta las muñecas, y el resto está suspendido en artísticos pliegues; la cítara está sostenida con firmeza por el tahalí cincelado al que va unida. Sus manos son tiernas y algo alargadas: la izquierda, separando los dedos, se esfuerza sobre las cuerdas; la derecha, con gesto de tañer, mueve el plectro hacia la cítara, como preparada a pulsar el instrumento cuando la voz cesa de cantar. Entretanto, el canto parece destilar de su boca redondeada entreabriéndose sus delicados labios en el intento.

En verdad, nada le falta a esta descripción: ni detalle, ni vividez. Siguiendo el orden habitual, desde la cabeza al resto del cuerpo, desde la vestimenta hasta la gestualidad. Nos detendremos solamente en los efectos de sentido que surgen al insertar esta *ékphrasis* en su contexto de aparición y con respecto al resto del corpus apuleyano. Por un lado, su perfecta ejecución responde y cierra la alusión a la labor artesanal del segmento dedicado a la isla en sí. Por el otro, es inocultable el regodeo de este tramo en la cuestión de la identidad del efebo. Apenas finalizada la descripción, el texto insinúa que esta no debería ser de nadie importante (“Pero sea esta estatua de alguno de los efebos que, amado por el tirano Polícrates, le canta por amistad una composición de Anacreonte”, *Verum haec quidem statua esto cuiuspiam puberum, qui Polycrati tyranno dilectus Anacreonteum amicitiae gratia cantilat*, 15.11) y niega expresamente que se trate de Pitágoras (15.12). Desde un punto de vista compositivo, la comparación, por igualdad o por oposición, es uno de los recursos habituales en discursos epidícticos como este, por lo que no debería extrañarnos la abundancia de aclaraciones de este tenor. Sin embargo, si avanzamos un poco veremos que el texto prefiere mantener la ambigüedad. En efecto, en 15.13 se vincula al filósofo con las artes manuales, al mencionar que su padre, Mnesarco, había descollado por su pericia en el tallado de piedras preciosas. Más significativamente, en *Apología* 4.7 leemos que Pitágoras había sido un hombre sumamente apuesto (*excellentissima forma fuisse*), al igual que el efebo. Por último, las rebuscadas formas que en nuestro fragmento designan los distintos sectores del cabello de la estatua parecen el eco de las aplicadas a Apolo en *Florida* 3, un fragmento en donde suele leerse la identificación entre este dios y nuestro autor (HARRISON, 2000, p. 99). Retomando nuestras

reflexiones sobre el ejercicio de visualización imaginativa al que desafiaba al oyente toda *ékphrasis*, podríamos postular que, en última instancia, la serie efrástica prefiere despertar la indefinición y las correspondencias mutuas entre un bello efebo, un bello filósofo y un bello orador, tres figuras con distinto grado de existencia y ficcionalidad. Claramente, las interferencias entre estas figuras son sostenidas también desde una percepción espacial, desde el momento en que comparten una misma locación geográfico-discursiva. Ya sea que hayan viajado hacia allí, ya sea que hayan sido representados allí, aunque fuera en épocas diversas, la sincronía del discurso los reúne en un espacio idéntico. Para expresarlo en los términos de Bourdieu (1999), han sido alcanzados por el mismo efecto de lugar: implícitamente, el haber tocado Samos permite que se prediquen de Apuleyo la delicadez, la juventud y la belleza del joven, la sabiduría y el dominio discursivo de Pitágoras. De esta manera, nuestro orador logra proyectar con éxito un capítulo más de su ficción autobiográfica.

Con estas líneas hemos intentado desligar el fragmento de cualquier prejuicio estético sobre su extravagancia. Hemos visto en funcionamiento las relaciones entre territorios, memoria y capital cultural, y hemos asistido a la metamorfosis del enunciador en diversos personajes. Hemos observado la incidencia del eje temporal en la caracterización de los espacios. En otras palabras, si esta *prolalia* no obedece de manera inequívoca a ninguna lógica argumental o narrativa, sí al menos instila, en su repertorio de lugares y personajes, una lógica de lo imaginable y de lo formulable en su contexto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOURDIEU, P. (1999). *La miseria del mundo*. Tres Cantos: Akal.
- DE CERTEAU, M. (2000 [1990]). *La invención de lo cotidiano. Vol. I: Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- FACCHINI TOSI, C. (2000). Euphonia. *Studi di fonostilistica (Virgilio Orazio Apuleio)*. Bologna: Pàtron Editore.
- GILHULY, K.; WORMAN, N. (edd). (2014). *Space, place, and landscape in ancient Greek literature and culture*. New York: Cambridge University Press.
- GOLDHILL, S. (2007). What is Ekphrasis for?. *CPh*, n. 102.1, pp. 1-19.
- HARRISON, S. (2000). *Apuleius: a Latin Sophist*. Oxford: Oxford University Press.
- HIJMANS, B. L. (1994). *Apuleius orator: Pro se de magia and Florida*. *ANRW* 2.34.2, pp. 1708-1784.
- HUNINK, V. (2001). *Apuleius of Madauros Florida. Edited by ---*. Amsterdam: Gieben.
- LEE, B. T. (2005). *Apuleius' Florida: A Commentary*. Berlin: de Gruyter.
- LEFEBVRE, H. (1991). *The Production of Space*. Oxford: Blackwell.
- NENADIC, R. (2007). Di que fui yo quien te lo dijo: la presencia de Apuleyo en su *uita Platonis*. *Latomus*, n. 66.4, pp. 942-958.
- NORA, P. (1989). Between Memory and History: Les Lieux de Memoire. *Representations*, n. 26, pp. 7-24.
- RUSSELL, D. A. (ed.) (1990). *Antonine Literature*. Oxford: Oxford University Press.

- SANDY, G. (1997). *The Greek World of Apuleius. Apuleius and the Second Sophistic*. Leiden: Brill.
- WEBB, R. (2009). *Ekphrasis, Imagination and Persuasion in Ancient Rhetorical Theory and Practice*. Great Britain: Ashgate.

Recebido: 14/01/2018

Aceito: 15/03/2018